XIX.

La noticia del Cacomixtle.

EL Cacomixtle corria para el meson con todas sus fuerzas, no solo por escapar de D. Celso, sino por llegar pronto á llevar á las mugeres aquellas provisiones; y no cabia en sí, al pensar lo contentas que se iban á poner cuando él llegase, y les presentase todo aquello.

Margarita y Alejandra esperaban impacientes al Cacomixtle, para contarle sus buenas noticias y para llevarselo consigo, en cuanto D. Plácido volviera trayendo la ropa, y todo lo necesario para irse á la casa del padre de Alejandra.

Por fin, la puerta del cuarto se abrió por un violento impulso, y el Cacomixtle entró precipitadamente.

—Miren lo que les traigo—dijo levantando en lo alto sus provisiones.

—Albricias—dijo Alejandra, saliendole al encuentro.

—¿Pues qué ha habido?

—Muchas cosas: pero cuentame primero lo que te ha pasado,—dijo Margarita.

—Pero antes comeremos—contestó Cacomixtle—porque tengo yo muchisima necesidad, y traigo aqui jamon, sardinas, pan, queso, me parece que podemos comer muy bien.

Las dos mugeres tenian tambien mucha hambre: D. Plácido les habia dejado dinero, pero como Cacomixtle no habia vuelto, ellas no habian tenido una persona de confianza de quien valerse para que les fuera á buscar algo de comer; ademas aquel muchacho se habia portado tan bien, que las dos lo querian como de la familia.

—Será necesario—dijo Alejandra al Cacomixtle—que tu que eres el hombre de la casa, veas si quieres que se sirvan algunos vinos en la comida, y en ese caso dispongas que se compren, que para estos casos debe tenerse el dinero: y diciendo esto, arrojó sobre la mesa una onza de oro, que habia entre el dinero que les dió D. Plácido.

El Cacomixtle miró la onza, y luego clavó sus ojillos vivos y penetrantes, en el rostro tranquilo y alegre de Alejandra.

—Con que es decir—dijo—que estamos ricos: me alegro; pero ya que soy el hombre de la casa, como usted dice, quiero saber ¿de dónde nos ha venido ese dinero?

—Ya lo sabrás mas adelante; por ahora anda, compra un poco de vino para que no le vaya á hacer daño la comida á mi madre, despues de tantos dias de dieta.

Alejandra guardó la onza, y sacó un peso que entregó al admirado Cacomixtle.

—Anda—le dijo—anda, y despues sabrás lo que ha pasado aquí.

El muchacho salió, y mientras, las mugeres dispusieron la comida. Un cuarto de hora despues, rodeados de la mesa, comenzaron á comer tranquilamente.

—¿A que no adivinas, quién ha estado aquí?—preguntó Alejandra.

—¿Quién?—contestó el Cacomixtle.

—Mi padre.

—¿Qué padre?

—D. Plácido.

—¡Jesus!..... exclamó el muchacho, dejando caer un pedazo de pan con jamon que llevaba ya cerca de la boca—¿Con que ha estado aquí?..... ¿pero como?..... ¿de dónde viene?..... ¿no le mataron?.....

—Que le habian de matar... Está bueno y sano, y hay otra noticia mas grande: que ha encontrado á mi padre, á mi verdadero padre.

—¡Pues qué! ¿tiene usted dos padres?

—No, ó mas bien sí, uno que es el que me ha criado y el que tú conoces, y otro que es mi padre verdadero, el marido de mi madre que está aquí.

—¿Pero cuando me contará usted toda esa historia?

—Cuando estemos tranquilos, que será muy pronto, porque dentro de un rato ya volverán por nosotros, para llevarnos á casa de mi padre el verdadero, y nos vamos todos, mi madre y tu y yo, y ya no pasaremos trabajos, ni podrá hacernos nada D. Celso.

—Y digame usted—dijo Cacomixtle—¿esta señora Margarita, ha de ser la última madre de usted? ¿ó todavia tenemos que encontrar otra?

—No, esta es mi única madre, mi verdadera madre.

—Pues mire usted qué casualidad, en todo el camino he venido pensando en D. Plácido.

—¿Y porqué?—dijo Margarita.

—Va usted á ver—contestó Cacomixtle.—Se metió la plebe en la casa de un señor rico, que tenia muchas cosas de comer en su despensa: yo tambien fuí allí, como que de allá fué todo esto: ya estaban acabando de repartir, cuando entra un viejo que creo que era el dueño de la casa, le reconviene á la policía, y á poco la emprende á golpes con ellos: se armó una

del demonio, pero al cabo pudieron mas los de la policía, y le dieron un palo, que en camilla se lo han llevado para la cárcel; pero yó, ya habia sacado mis provisiones, no mas que al salir llevé el susto mas grande, porque me encontré de manos á boca, nada menos que con D. Celso; pero asi tan cerquita como estamos aquí nosotros.

—¿Y qué hiciste?

—Me escabullí, y le dejé echando agua.

—Pero todo eso, ¿qué tiene que ver con D. Plácido, para que te acordáras de él?—dijo Margarita.

—Ah! que no les habia yo dicho que el viejo aquel que se peleó con la policía y que se llevaron á la Diputacion, se parecia mucho á D. Plácido, solo que este iba de levita y muy elegante.

—¿Pero á qué hora fué eso? ¿Dónde fué eso?—preguntó sobresaltada Alejandra.

—Pues hace poco, cosa de las cinco y cuarto, en una casa de la calle de Plateros, de un señor que se llama.....segun decian allí, D. Juan.....Casuro ó Camuro.....

—Caralmuro—dijo Alejandra.

—Eso es—contestó Cacomixtle.

—¡Jesus!—exclamaron las dos mugeres levantandose.—La casa de mi padre. Pobre D. Plácido—¿qué le habrá sucedido?

—Dios mio, Dios mio, ¿qué será de nosotras?—Y las dos mugres lloraban.

Cacomixtle se habia quedado sentado, mirando aquella escena, pero empezando á comprender lo que pasaba.

—Pues señor—decia entre sí—bien lo hice, bien lo hice.

—Cacomixtle, ¿qué hacemos ahora? ¿qué hacemos?—preguntaba Alejandra, apretandose las manos.

—Pues á mí me parece que lo mejor será, que yo tome mi sombrero, y me vaya inmediatamente á la casa de ese D. Juan, que usted dice que es su padre, y le diga yo donde están uste-

des, y venga á llevarlas; y luego ya él sabrá lo que hace por D. Plácido.

—Pero no te creerá, no me conoce, porque me dejó muy niña; y como ya le han engañado otra vez con una muchacha diciendo que era yo.....

—Pero á mí sí me conocerá bien—dijo Margrita—Si llegasemos á vernos, no vacilará un instante en reconocerme.

—Bien dicho—exclamó Cacomixtle.—Y tomando su sombrero, echó á correr para la calle sin esperar nuevas razones.

Habia oscurecido. Cacomixtle caminaba sin detenerse en medio del gentio que andaba por las calles, procurandose pan por todos los ángulos de la ciudad. Se escuchaba el cañoneo de las fuerzas que se batian en estos últimos dias del sitio: cada noche y cada madrugada, se esperaba el asalto decisivo. El deseo de salir de aquella situacion angustiosa, hacia parecer imposible por mas tiempo su prolongacion.

Como llevadas por la electricidad se propagaban en México las noticias, ya del hombre que habia caido muerto de hambre frente á la Diputacion, ya de la muger que habia amanecido sin vida frente á una casa, ya de la familia que se habia encontrado espirante dentro de una pobre habitacion, en uno de sus suburbios.

Las familias mas acomodadas comenzaban á alarmarse sériamente, y hasta en las mismas cárceles habia síntomas terribles de sublevacion entre los presos.

Todo el mundo comprendia que no podia durar aquello por mas tiempo; que no se podia prolongar mas la situacion; y sin embargo, se prolongaba.

La toma de Querétaro y la prision de Maximiliano eran una cosa fuera de toda duda, y que nadie vacilaba en creer, á pesar de que por órden del general en gefe de los imperialistas, se echaban á vuelo las campanas, y las músicas de los cuerpos recorrian las calles de la ciudad, para celebrar la llegada de un general que venia de Querétaro, anunciando que Maximiliano, triunfante, llegaba con su poderoso ejército, en auxilio de las tropas sitiadas en la Capital.

Cacomixtle llegó á la casa de Caralmuro, y con la audacia del que va investido de una mision elevada, llamó al zaguan, dando tres fuertes golpes.

No le abrieron, pero poco despues se abrió uno de los balcones y se asomó por él Doña Salvadora.

—¿Quién es? ¿quién es?—dijo sin poder distinguir al muchacho en la oscuridad de la calle.

—Vengo á buscar á D. Juan.

—No está aquí—contestó Doña Salvadora.

—¿A qué hora volverá?

—No ha de volver en toda la noche. ¿Qué le queria usted?

—Le traigo un recado, que importa mucho.

—Pues no está aquí, ni ha de volver.—¿Puede usted darmelo á mí?

—No señora, solo á él.

—Entonces vuelva usted mañana, porque no está aquí.

—¿Ni el señor D. Plácido ha vuelto?

—Tampoco.

El muchacho se quedó parado un largo rato, y despues se retiró muy poco á poco, y como meditando en lo que habia de hacer.

Asi llegó hasta el meson. Vacilaba en subir, por no dar aquella noticia á sus dos pobres protejidas; pero al fin se resolvió. Al cabo—dijo—yo no tengo la culpa, he hecho todo lo que he podido, no hay mas remedio que esperar á mañana: la fortuna que las señoras tienen dinero, y yo he traido provisiones; podemos aguardar con tranquilidad.

Margarita y su hija esperaban con impaciencia.

—¿Qué hay?—preguntaron las dos á un tiempo.

—Nada—contestó Cacomixtle.

—¡Cómo nada! ¡pues qué! ¿no fuiste?

—Sí, pero no me quisieron abrir en la casa.

—¿No te quisieron abrir?

—No: toqué, y salió una muger por un balcon, y ella fué la que me dijo que D. Juan no estaba en la casa, y que no habia de volver en toda la noche, y que D. Plácido no habia vuelto: yo no le quise decir nada á nadie allí, porque bastantes chascos nos hemos llevado para volvernos á esponer.

—¿Y qué hacemos?—dijo Margarita.

—Acostarnos esta noche, y mañana temprano veremos lo que se hace.

—¿Pero cómo.....?

—No hay que morirse de ansia. Si nada ha de suceder esta noche. En peores lances nos hemos encontrado, y Dios nos ha sacado con bien; conque acuéstense ustedes, y vamos á ver que sucede mañana, que al fin y al cabo, mañana será otro dia.

XX.

El Fósforo.

DON Celso se habia desenmascarado completamente. La excitacion creciente de sus pasiones le habia llevado á donde él mismo no lo hubiera creido.

En política tomaba ya descaradamente el partido de Márquez. En aquellos momentos de desesperacion para los sitiados, él se unia con ellos: acababa toda hipocresía, todo disimulo: él personalmente aprehendia á los que le parecian sospechosos, capitaneaba la plebe para asaltar las casas, conducia al cuartel general á los capitalistas ó á las personas de su familia para obligarles á dar dinero; y en fin, establecia los centinelas en las habitaciones de los ricos cuando se inventó sitiar las casas particulares para rendir por hambre á las personas que de otra manera no entregáran la suma que se les designaba.

Don Celso habia arrojado el guante á la sociedad, y jugaba el todo por el todo; y cuanto mas disimulada y engañosa habia sido al principio su conducta, tanto mas cínica y repugnante se presentaba despues.

Por medio de la vieja Pilar supo que Caralmuro estaba al tanto de todas sus maldades, y esto le acabó de despechar: no habia ya reputacion que cuidar, no habia apariencias que salvar: era necesario pues luchar á brazo partido, y á pecho descubierto; hundir á sus enemigos, ó hundirse él para siempre.

Solo en una parte conservaba su carácter meloso y solapado, pero era para conseguir mejor sus fines: en la casa de Ines.

Alli era el D. Celso de siempre, el D. Celso de la casa de Mondragon, el honrado y leal amigo, dispuesto siempre á prestar un favor, ó á dar un buen consejo.

Como una serpiente se habia deslizado en aquella familia ganando su confianza, adquiriendo el cariño del mismo Pablo, corazon franco y generoso que no hubiera podido comprender, ni aun explicándoselo, la ponzoña que guardaba el alma del hipócrita Valdespino.

Don Celso ni buscaba ni esperaba el amor de Ines: lo que anhelaba era vengarse, y vengarse de una manera terrible.

Como la situacion de los imperiales era extrema, D. Celso comprendia la necesidad que tenia de seguir su suerte, y huir, ú ocultarse. El tiempo para poner en planta sus planes de venganza, era ya muy poco, y Valdespino no quiso ya detenerse.

Era una mañana de Junio, y D. Celso estaba en su casa, con el trage de confianza que conocen nuestros lectores; se ocupaba en envolver en vistosas cubiertas de papel de colores, unos dulces que iba colocando en órden sobre la mesa.

Todas aquellas envolturas eran blancas ó azules, y solo habia tres de color de rosa. D. Celso las tomó, y se quedó contemplándolas por un largo rato.

—Esto es, decia: aquí está mi venganza, mi venganza; pero así como yo la deseo, como yo la necesito; un veneno que no mate como el rayo; no, eso no seria nada: si al fin todos hemos de morir, el que nos proporcione una muerte rápida y sin dolores, nos hace un favor: no, el fósforo..... el fósforo..... no

mata así; el fósforo hace padecer los tormentos todos del infierno..... ¡Ah Ines, Ines! Tu sentirás con esto cuanto me has hecho sentir en el alma y en el cuerpo. Tú sentirás una sed, intensa, devoradora, insaciable; una sed que por sí sola equivale á mil muertes: tu sentirás dolores tan espantosos como los que yo he sufrido en mi corazon por tí; convulsiones y estremecimientos horribles, como los que agitan mi alma..... Y por último, (si tu supieras que lo sé yo, te moririas de vergüenza); por último, esa espantosa excitacion del cuerpo y del deseo que te acompañará hasta tus últimos momentos, sin remedio, sin esperanza, que te traerá la desesperacion, y todas las tentaciones del infierno en medio de tu agonía; y morirás pensando y anhelando en los placeres inmundos de la tierra, en vez de pensar en la eternidad y en el espíritu.

Y aquel demonio reia unas veces como un condenado, y otras rechinaba los dientes como atacado de hidrofobia.

Guardó los dulces en una cajita de carton, y se entró en su recámara á vestir.

Una hora despues llegaba á la casa de Ines, poniendo la cara mas amable del mundo.

Eran ya las doce, Ines y Feliciana comian, y Pablo como de costumbre las acompañaba.

Don Celso estuvo muy alegre; contó varias noticias; y al terminar la comida, Feliciana dijo que tenia que ir á un negocio muy importante, y salió á la calle.

—¿Qué dicen de hambre por ahí? preguntó Pablo á D. Celso.

—Cada dia es mayor la necesidad, y los pobres son los que pagan por todos: cada dia hay nuevas noticias de cadáveres encontrados en las calles.

—¿Nunca habia sufrido un sitio México? dijo Ines.

—Nunca, contestó D. Celso: yo no sé de otro, sino del que puso Cortés á Guatimotzin, el último emperador azteca.

—Y á propósito de emperador, ¿qué dicen de Maximiliano?

—Corren voces muy diversas: los puros dicen que está prisionero y hasta que le han fusilado, Dios no lo permita. Pero los señores del gobierno aseguran que viene pronto.

—Eso es lo que menos creo, dijo Pablo. Y la conversacion se prolongó así tratándose de política lo menos por una hora.

—¿Cuándo se acabará este sitio? dijo Ines. ¡Qué ganas tengo de tomar leche y huevos frescos!

—Apropósito de eso, tengo aquí unos de esos dulces que les dicen yemitas y les convidaré algunos, porque en este tiempo que corre, esto es un regalo exquisito.

Don Celso sacó la caja de los dulces, y se hubiera podido observar que le temblaban las manos.

—Ni los he probado: ahora mismo me los acaba de regalar la madre Sor Brígida de Sta. Catalina. Vea usted, Inesita, este color de rosa está muy bonito: usted este otro igual al de su prometida. ¡Quién sabe de dónde los conseguiria la monjita!

Don Celso tomó un dulce de los envueltos en papel blanco, y se lo comió.

Los dulces eran tan pequeños que cabian perfectamente en la boca, y Pablo é Ines se tomaron tambien los suyos.

Ines hizo un pequeño gesto de desagrado.

—¿Le supo á usted mal? le preguntó D. Celso.

—No, no señor, contestó Ines.

—Entonces aquí les dejo los demas, y yo me retiro, que es tarde: hasta mañana.

—Hasta mañana.

Valdespino salió á la calle, pero iba excesivamente pálido y trémulo.

—¡Qué mal me supo el dulce que me dió el viejito, dijo Ines, cuando se retiró Valdespino: si no hubiera sido por no mortificarle, lo escupo.

—Y yo tambien: tenia un sabor como á fósforo.

—¡Quién sabe qué porquería le pondria la monja!

—Cualquier cosa, ya pasó.

Valdespino llegó á su casa, inquieto. Acababa de cometer un crímen espantoso: envenenar á aquellos dos jóvenes tan buenos, tan felices, tan llenos de esperanza y de porvenir.

Se sentó en la mesa y le sirvieron la comida, pero no la probó: apoyó los codos, y clavó la frente entre las manos, y así permaneció como media hora, hasta que la vieja Pilar le sacó de su meditacion.

—Señor, señor.

—¿Qué cosa? contestó sobresaltado, creyendo que le venian á avisar que Ines se moria.

—La señora Doña Estefanía busca á usted.

—¿Y qué quiere esa vieja?

—No me dijo.

—Pues pregúntele usted y dígale que estoy ocupado, que usted me traerá la razon.

Pilar salió y volvió á poco rato.

—Dice que tiene que hablar con usted.

—Pues dile que será mañana, otro dia. Estas mugeres creen que porque una vez les hace uno el amor, ya toda la vida ha de ser su amante.

Pilar volvió á entrar.

—¿Ya se fué?

—No señor: dice que precisa que usted la oiga.

—¡Qué molestar! Dile que se siente, que ya voy.

Don Celso tardó mucho, pero por fin salió á la sala.

—Buenas tardes, Doña Estefanía.

—Buenas tardes, Don Celso: dispense usted que le haya molestado, pero el negocio nos importa.

—¡Nos importa! ¿Y qué negocio?

—Señor Don Celso, ¿recuerda usted que en un tiempo no éramos tan extraños uno á otro?

—Ya salió aquello, dijo entre sí Valdespino.—Sí señora, pero

eso ya pasó hace tanto tiempo que no debemos ni acordarnos.

—No es por mí por quien vengo á hacerle ese recuerdo.

—¿Será por mí?

—Tampoco.

—¿Pues entonces.....?

—Señor D. Celso, burlando la fé de mi marido, tuve con usted relaciones de que me avergüenzo.

—Usted es dueña de avergonzarse de lo que quiera.

—De estas relaciones resultó una niña, hija de usted.....

—Es verdad, pero ya debe haberse muerto, porque jamás me ha hablado usted de ella.

—No señor, vive, y está en México.....

—¿Y qué quiere? ¿dinero?

—No dinero, ella no quiere nada; pero es pobre; y aunque no la reconozcamos, es preciso protejerla, si á usted le parece.

—Por supuesto, si es mi hija, y yo no soy ningun tígre. ¿Cómo la habia de abandonar? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? ¿usted la conoce?

—Yo la conozco: está de cómica, y se llama Ines Martinez.

—¡Ines! ¡Ines! ¡Maldicion! gritó D. Celso.—Y se lanzó á la calle como un loco, sin sombrero; y dejando á Doña Estefanía asombrada y sin comprender lo que pasaba.

—¡Algo horrible hay en esto! dijo ella.—Y salió tambien á la calle en seguimiento de D. Celso.

XXI.

Mexicaltzingo.

DESDE que el hambre habia comenzado á hacer estragos en la ciudad sitiada, los habitantes comenzaron á buscar la salvacion fuera del recinto fortificado, y en el campo, y en las poblaciones ocupadas por las fuerzas republicanas, dando con esto la mayor prueba de confianza á aquellos hombres á quienes los periódicos del imperio pintaban como unos foragidos sin corazon, sin moralidad, y sin sentimientos humanitarios.

Al principio, un temor muy natural hizo que los que se atrevian á salir, mirasen aquel acto como uno de los trances mas dificiles y comprometidos de la vida; pero la buena aceptacion que encontraban en las líneas de los sitiadores, y la seguridad completa con que hacian la travesía, dió ánimo á todos los demas; y luego no fué ya por necesidad, sino casi por moda, por lo que todo el mundo se apresuraba á salir.

Sin distincion de color político, ni de clases, ni de nacionali-